

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de Relatos. VI

Los turistas

FERNANDO DE VILLENA

La noria de la Huerta del Sordo

ANDRÉS CÁRDENAS

Del agua surgió el amor

MANUEL DE PINEDO

Los turistas

FERNANDO DE VILLENA

AQUELLA MAÑANA luminosa de julio llegaron los viajeros al pueblecito de Maro, uno de los más hermosos y desconocidos del litoral malagueño, y en seguida Bernardo quiso acercarse hasta la playa para sentir la emoción vibrante del mar. Juanito le protestaba que era mejor ir antes a desayunar pero, sin hacerle caso, Bernardo ya se había aproximado a varios pescadores que con ímprobos esfuerzos tiraban de una gran maroma en espera del copo. Las gaviotas revoloteaban llenas de gula y no tardaron en aparecer las redes con el pescado palpitante.

-Esto que estás viendo, Juanito, es una imagen que se ha repetido en esta playa y en casi todas las del Mediterráneo desde hace siglos e incluso milenios –comentó Bernardo.

-Yo prefiero verlos después de su paso por la sartén, jefe, porque así, asfixiándose, me dan mucha pena.

-Llevas razón: su agonía impresiona, pero es la ley de la naturaleza y, en realidad, yo creo que todos acabamos en la asfixia salvo los que mueren en accidente.

Constituían todo un espectáculo aquellos boquerones, morrallas, bogas y pulpos que en disforme montón se estremecían en sus últimos instantes bajo el asombro de la luz solar.

Los pescadores los iban dividiendo en lotes al tiempo que con grandes precauciones apartaban alguna murena o algún pez araña. A veces, las atrevidas gaviotas les hurtaban algunas presas y ellos hacían por alejarlas a pedradas.

-Sardina que lleva el gato, perdida va –comentó Juanito para a continuación recordarle a Bernardo: -Bueno, jefe, esto ya está visto. Vamos a tomarnos el café con algo sólido o me desmayo aquí delante.

-Siempre pensando en lo mismo, Juanito. Mira que te vas a poner gordo como un perro de ventorrillo y luego no te van a querer las mozas.

-Todo lo contrario, jefe. A las mujeres no les gustan los flacuchos.

-Bueno, anda hacia el bar “Maro” que se encuentra en aquella calleja.

-No han tenido mucha imaginación para ponerle el nombre.

-Es que no hay otro bar en el pueblo. Aquí no existen más establecimientos que ése y la tiendecita de comestibles que hemos venido a asegurar. Las tierras y casi todas las casas e incluso creo que también las barcas pertenecen a la familia “Gómez”; la del famoso ron “Gómez”

-Pues podrían regalarnos una botella.

-Los ricos no regalan ni un mondadientes, Juanito. Las grandes fortunas no se hacen con filantropía. La verdad es que resulta increíble que hoy sigan existiendo latifundios en Andalucía tan desmesurados como el de Maro.

Así platicando, entraron los dos en el bar y, ya en el mostrador, pidieron sendos cafés con leche y unas tortas de almendra y miel. El camarero, que era también el dueño del local, los atendía solícito cuando llegó una pareja de extranjeros de mediana edad, ingleses por las trazas, y ambos se acomodaron en una de las mesas. En seguida, el hombre, que era rubio y grueso, exigió:

-Cleanig the table and get me two wines!

-¡Mal rayo lo parta! –Susurró el dueño del local dirigiéndose a Bernardo y a Juanito. -Se cree que yo tengo que adivinar lo que dice. Estoy ya de los turistas que me los toco. Han venido con invasión. ¡Con lo tranquilos que estábamos en España y llegan exigiendo! Como nos descuidemos se quedarán con todo lo nuestro. Se creen que aquí estamos nada más que para

servirlos a ellos. Y los ingleses son los peores porque no tienen educación y nos miran como a esclavos. Bueno, discúlpenme ustedes, pero voy a ponerle sus vinos a esos herejes.

-¿Y cómo sabe usted que han pedido vinos? –Preguntó Juanito.

-Ellos querrían “whisky”, pero saben que yo en mi bar no tengo esos lujos y ya se han acostumbrado al pirraque.

-Temprano empiezan –comentó Bernardo.

-Así, a las dos de la tarde ya están hechos unos energúmenos porque tienen muy mala bebida –se lamentó el hombre.

Salieron del local los viajantes y, mientras se dirigían a la tienda de comestibles, Bernardo le explicó a su amigo:

-¡Cuánta razón lleva el camarero! Bastantes de estos turistas, a los que en muchos sitios los están recibiendo como caídos del cielo, llegan a España con cierta insolencia. Veremos si al final no se les vende nuestra primogenitura por un plato de lentejas con bichos, porque he oído que ya están comprando a precio de risa grandes extensiones del litoral mediterráneo de toda España.

-Es que allí en los nortes pasarán mucho frío, jefe, y aquí les da el soleico.

-La verdad es que no somos conscientes de lo que tenemos en nuestra nación. Siempre rajando de ella como papanatas y los únicos que de verdad la valoran y saben buscar los sitios más hermosos son esos ingleses.

-Es lo que usted dice muchas veces, jefe, que no todos son iguales.

-Llevas razón, Juanito; ya me lo has señalado en otras ocasiones y siempre caigo en el mismo error. No he debido generalizar, pero es que hay cada tipejo como los que han llegado al bar...

Entraron los amigos en la tiendecita de ultramarinos de doña Carlota, una viuda de aire conventual y poco habladora. El local era tenebroso y la luz se hallaba apagada para no hacer gasto.

-Sólo la enciendo cuando entra algún cliente –les explicó la mujer.

Bernardo observó que los estantes se hallaban casi vacíos. Entonces, en lugar de ofrecerle el seguro que los había llevado hasta allí, le compró una tableta de chocolate y, ante el asombro de Juanito, salieron sin más.

-Pero, jefe, ¿y la póliza?

-Aquí no hay nada que asegurar, Juanito. A veces pienso que esto de las aseguradoras es un robo legal, otro de los muchos que padecen los po-

bres trabajadores. Pero, en fin, no le daremos más vueltas al asunto ya que tú y yo vivimos de esto. Mira, como nos queda tiempo, vamos a ponernos los bañadores y nos damos un chapuzón en la playa, pues ya empieza a sentirse el calor y hasta esta noche no tenemos que llegar a Vélez Málaga.

-Me parece macanudo, jefe, pero antes déme usted una o dos onzas de ese chocolate, pues hasta el papel tiene buena pinta.

-“Los ojos son los primeros que vencen en las batallas”, afirma Tácito.

-Yo no sé quién es Tácito ni voy a esperar a tomármelo en una tacita, pero creo que me va a venir muy bien algo dulce ahora.

-Pero, si nos vamos a bañar, corres el riesgo de que se te corte la digestión y te ocurra algo parecido a lo que sucedió en Córdoba.

-Bueno, pues ya está. Lo dejaremos para luego, aunque quien tiempo tiene y tiempo espera, tiempo viene en que se arrepiente.

-Pues ya que vas de refranes, te diré otro que viene muy bien al caso: quien guarda y condensa, dos veces pone la mesa.

-No estoy de acuerdo, jefe. La buena ropa en el arca se pudre.

-Y el que guarda, halla.

-El problema es que yo siempre tengo hambre. Y por eso me decían en el pueblo que era capaz de comerme la pella de un moro llena de migas.

-Castiza hipérbole.

Así conversando, llegaron hasta el Seiscientos y, tras coger los bañadores, fueron a cambiarse en un cañaveral vecino.

-Esperemos que no pase alguna moza y nos vea –bromeó Bernardo.

-Entonces nos iban a cantar aquello de “A Pepito Perdiguero le daba el sol en el culo y se creía que era un lucero” –le respondió el joven.

-¿Y quién era ese Pepito Perdiguero?

-Uno de Guájjar Fondón que fue a bañarse en cueros en una poza del río y le picó una bicha. Y claro, por eso le sacaron la coplilla.

Diez minutos más tarde, los viajeros se acomodaron en la playa donde ya se encontraban algunos bañistas, en su mayoría mozos del lugar con la piel tostada. Bernardo contemplaba con embeleso aquellas sierras casi azules que descendían impetuosamente hasta hundirse en el apacible mar. Pensó que le hubiera gustado tener a mano alguna antología de poetas bucólicos grecolatinos y también que ojalá estuvieran allí su esposa y los chicos disfrutando del sol y del agua, sin los rigores del verano granadí.

Pero Juanito interrumpió muy pronto sus meditaciones y ensueños:

-Jefe, me parece que está usted más aburrido que el que toca los platillos en las orquestas.

-Nada de eso, Juanito. Gozaba de la maravilla de esta naturaleza casi virgen que nos rodea. ¿Y tú cuando has oído alguna orquesta?

-Yo he oído a bandas de música, pero eso de los platillos lo repetía siempre Manolo el indiano, un viejecillo que volvió rico de las Américas.

-¿Y en Guájár Fondón existe banda de música?

-¡Vaya si tenemos! La única de toda la comarca, y tan fuerte que ninguna otra se atreve a tocar en los pueblos cercanos.

-No osan competir con tan virtuosos músicos –ironizó Bernardo.

-Nada de eso; es que los de la banda de Guájár Fondón, si se enteran de que en Vélez de Benaudalla o en Pinos del Valle o incluso en Salobreña contratan a otros músicos en vez de a ellos, van siempre y, en cuanto empiezan a tocar, los apedrean de tal manera que raro es cuando no salen algunos descalabrados. De este modo, ningunos músicos de afuera se atreven a ir por la comarca.

-En tales circunstancias ni el mismo Kárajan se atrevería a competir con la banda de tu pueblo.

-Ningún carajo toca por allí, no. Los que tenemos nos bastan y nos sobran.

Así andaba la plática entre los dos amigos, cuando observaron con curiosidad que algo muy extraño ocurría a su alrededor. La mayor parte de los hombres y muchachos que antes se bañaban alegremente o se veían tendidos sobre la arena, ahora cuchicheaban algo entre sí y de inmediato se dirigían a pie o a nado hacia un extremo de la playa, justo tras unas rocas.

-¿Qué ocurrirá allí? –Se preguntó en voz alta Bernardo.

-Lo mismo han cogido un pulpo gigante o han encontrado algún tesoro en el fondo del mar –opinó Juanito.

-Me parece algo rarísimo. Fíjate que incluso las barcas de los pescadores se dirigen hacia allá.

-Pues yo no me voy a quedar quieto –dijo Juanito y, sin pensárselo un instante, se aproximó a dos mozos de los que caminaban hacia aquel punto oculto por las rocas.

Bernardo, mientras tanto, permaneció sentado y atónito al ver que ya no quedaban en la playa más que algunas familias de las que suelen llevar

consigo gran provisión de alimentos y bebidas: melones, gaseosas, bocadillos...

Al punto regresó Juanito muy excitado y lo conminó:

-¡Venga usted, jefe! Dése prisa, que al parecer hay dos suecas detrás de aquellos peñones bañándose como Pepito Perdiguero: en pelota viva.

Bernardo no pudo menos de reírse y le respondió:

-Ve tú, si quieres, Juanito. Yo me conformo con la belleza del mar.

-No sea usted tonto, jefe. Se va a perder lo que no sale ni en las películas ni en las revistas ni en los almanaques.

-Luego me lo cuentas tú.

-Pues allá usted. Espéreme y ya le contaré –concluyó, y Bernardo lo vio encaminarse hacia las rocas a toda prisa.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando empezó a regresar toda aquella grey de hombres excitados, y lo peor del caso es que se les leía en los rostros la señal de la decepción. Así vino a confirmárselo Juanito que, apenas llegado, le explicó:

-He llegado tarde, jefe. Muchos hemos llegado cuando se acabó la función. Por unos minutos, me he perdido el espectáculo. Las muy cucas notaron que había hombres que las miraban y se pusieron los bañadores.

-¡Cómo para no darse cuenta! –Bromeó Bernardo.

-¡Qué rabia! ¡Lo que me he perdido! Porque eran dos mujeres de bandera, más altas que una farola.

-Lo mismo todo se ha tratado de una mentira o una broma del primero que descubrió que se hallaban allí, tras las rocas –le contestó Bernardo con ánimo de consolarlo.

-No, jefe. Estoy seguro de que era verdad porque estas extranjeras son muy libres.

-Yo no sé si serán tan libres como supones, pero después de todo lo ocurrido esta mañana considero que la llegada del turismo nos va a volver locos a los españoles. Anda, vamos hacia el coche pues ya es la hora de proseguir viaje.

La noria de la Huerta del Sordo

ANDRÉS CÁRDENAS

LAS BATALLAS se pueden ganar de muchas maneras: porque el enemigo es peor estratega, porque el enemigo tiene menos soldados, porque el enemigo no conoce el terreno que pisa, porque el enemigo tiene más miedo... Pero también porque el enemigo no tiene agua. Esa fue la razón por la que el general Reding, que había sido enviado desde Granada a combatir al ejército de Napoleón, venció en la batalla de Bailén: porque el enemigo carecía de líquido elemento con el que saciar la sed y enfriar las bocas de los cañones. Algunas batallas se han ganado así, pero en ésta concurrían, además, dos factores determinantes: el asfixiante calor de la jornada y los uniformes de fieltro que gastaban los soldados enemigos. En realidad, no sabían dónde se habían metido. Bailén, situado en medio de una amplia campiña, carente de árboles y vegetación frondosa, no era el mejor sitio para esconderse del calor. Los franchutes, menos acostumbrados a pasarlas canutas cuando el sol apretaba, no tuvieron más remedio que rendirse cuando se llevaban doce horas de combate. ¡Agua! ¡Agua!

¡Agua! Suplicaban con sus bocas sedientas al tiempo que levantaban las manos en señal de rendición.

Pero contémoslo más despacio, que no hay prisa y tenemos un vaso de agua a mano.

Horas antes de comenzar la batalla, el general salió del chamizo hecho con hojas de mazorca de maíz que le habían construido los soldados en las inmediaciones de Bailén. No podía dormir y salió de su tienda a inspeccionar la tropa. Sus hombres estaban esparcidos por el campo, con los cuerpos derrengados por el calor, con la boca abierta como los lagartos, en busca de una pequeña brisa que echarse a los pulmones. El general era alto, corpulento, con un mentón capaz de partir una nuez. Sus ojos ardían con fuego perpetuo. Tuvo un presagio: dentro de poco pasará algo. Una inquietud indefinida se le había adueñado de su estómago. Siempre le pasaba. Cuando algo inesperado le iba a pasar, las mariposas de la incertidumbre le revoloteaban en las entrañas. Contempló la tropa e hizo un recuento del material humano con el que contaba: agricultores que habían desertado del azadón para combatir al francés, presos liberados con el mismo fin, rapaces recién salidos de las faldas de la madres... casi todos hombres que no sabían la dureza de las guerras.

De su bolsillo sacó un pañuelo con el que se secó el sudor. Lo había intentado pero era inútil. No podía acostumbrarse al aguijón de aquel pujante bochorno que lo tenía inmerso casi siempre en una perpetua somnolencia. Recordó, con anhelante nostalgia, los níveos paisajes de su país de origen. Hasta ese extremo apretaba el acaloramiento, esta vez, además, mezclado con los vapores caliginosos del morapio, pues el general se había bebido una jarra de vino casi de un trago en un intento de calmar la sed. En su paseo desmenuzaba mentalmente los pasajes de su suerte. Podía estar en el otro bando, en el francés, durmiendo en tiendas con mosquiteras y mandando a soldados disciplinados, y no ese atajo de maleantes, aventureros y campesinos que tenía por ejército. Con Napoleón, ese Maldito Enano, seguramente sería mariscal y vestiría una casaca con flecos de oro. Él era descendiente de una familia suiza de abolengo con

ramas genealógicas repletas de egregios mercenarios. Los recuerdos se le agolparon en su memoria. Fue un tío suyo el que se enteró de que los Borbones españoles necesitaban buenos soldados. A los doce años ya tenía un mosquetón en las manos y a los 16 ya era capitán de una compañía. Siempre hubo alguien sin rostro empeñado en acelerarle la pubertad. Y vivió tan deprisa, sin atender a otra cosa que el arte de la guerra, que sus cuarenta años de existencia podía concentrarlos en pocos minutos de forzadas reminiscencias. La daba rabia la fugacidad de su pasado. Removía las aguas estancadas de su memoria y solo encontraba días engarzados por la tediosa monotonía bélica. Los momentos de su vida, habían transcurrido con aborrecible sordidez. “¿Qué hago yo aquí?”, se preguntó el general antes de desabrocharse la hebilla del cuello de la casaca. Al final la historia le daría la respuesta.

La batalla empezó de madrugada. Nadie se la esperaba. El general Dupont, que mandaba el ejército francés, había llegado a Córdoba, donde la había liado parda saqueando iglesias y conventos. En vez de seguir para Cádiz, que era la orden que tenía, decidió volver a Madrid porque se enteró que en Andalucía se había formado un numeroso ejército para combatirlo. Temía que los españoles le cortaran la conexión con la capital de España. El general Reding no sabía nada del movimiento de su contrincante y lo imaginaba cerca de Sevilla. Por eso fue una sorpresa cuando, después del paseo nocturno, un soldado sofocado entró en el chamizo soltando frases entre exclamaciones:

-¡Señor! ¡Son los franceses! ¡Están aquí!

-¿Dónde?

-Aquí, a menos una legua.

El Suizo, pues así le llamaban a Reding, ya había estado en varias batallas y sabía cómo se las gastaba el ejército de Napoleón, el Maldito Enano, el Petit Cabrón. Por eso, cuando comenzaron a tronar los cañones y se levantaban inmensas columnas de humo, apeló a los atributos de sus soldados.

-¡Puede que ellos sean más, pero nosotros tenemos más cojones!

–gritó el general, a sabiendas que a un español le hierve la sangre cuando se pone en duda su hombría.

Fue una noche de mucho ruido, de muchos gritos, de mucha sangre y, sobre todo, de mucho calor. Al clarear el día nadie sabía quién iba ganando. Y menos quién iba a ganar. Las batallas, como cualquier suerte de la vida, pueden cambiar con cualquier soplo de viento.

Pero viento es precisamente lo que faltaba en aquella jornada. Benito Pérez Galdós, el prolífico escritor, le dio habla a un personaje, Gabriel Araceli, que intervino en la batalla con estas palabras: “Eran las seis de la mañana y el calor principiaba a dejarse sentir con mucha fuerza. Sentíamos ya en las espaldas aquel fuego que más tarde había de hacernos el efecto de tener por médula espinal una barra de metal fundido. No habíamos probado cosa alguna desde la noche anterior y gran parte del ejército no había comido nada. Pero este malestar era insignificante comparado con otro que desde la mañana principió a atormentarnos: la sed, que todo lo destruye, alma y cuerpo, infundiendo una rabia inútil para la guerra, porque no se sacia matando”

Amaneció pues el 19 de julio de 1808 con los termómetros de mercurio subiéndose por las paredes. La polvareda y el humo de los rastrojos dejaban las gargantas como estropajos. El agua, sin duda, era el bien máspreciado, el más apetecido, el más soñado.

Lo sabían las mujeres de Bailén, que a eso de las once, comandadas por María Bellido, también llamada la Culiáncha por el trasero que gastaba, salió a la calle y dio un grito:

-¡Mujeres de Bailén! ¡Vayamos al campo de batalla a dar de beber a nuestros soldados!

Algunas no le hicieron caso y siguieron con sus labores. Pero otras cogieron los cántaros, se los pusieron en las caderas y acompañaron a María Bellido.

-¿Alguien puede decirme –se había vuelto el general Reding a sus subordinados- qué diablos hacen aquellas mujeres que hay en el flanco derecho?

Uno de los tenientes, patilludo y gordinflón, se echó el catalejo a los ojos y a los pocos segundos exclamó:

-Llevan cántaros de agua, señor. Deben ir al campo de batalla a dar de beber a los soldados.

-¿Están locas? Pueden matarlas –comentó Reding.

-Deben estarlo señor. No tienen miedo a las balas.

El general pidió el catalejo y contempló la escena. Eran unas veinte mujeres, con velos en la cabeza que portaban recipientes de barro con el deseado líquido elemento en su interior. Dos de ellas se apresuraron a darle de beber a tres soldados heridos, tres más hicieron que sus cántaros pasaran de mano en mano en un grupo de soldados imberbes y una se dirigía a la pequeña colina en la que él estaba con la dificultad de la subida y el peso del cántaro.

-¿Qué hace usted? ¿Se ha vuelto loca? –preguntó el general cuando la tuvo delante.

-Vengo a traerles agua.

Al teniente gordinflón se le iluminaron los ojos y la boca se le encharcó nada más pensar en el trago de agua que podía darle al cántaro que traía la mujer. El último gargajo que había escupido ni siquiera había llegado al suelo: se había evaporado en el camino del calor que hacía.

-Está bien. Beban –ordenó el general a sus oficiales.

El cántaro pasó de unas manos a otras con la rapidez y la prestancia necesarias en una acción como aquella: sin prisa pero sin pausa. Los acalorados uniformados agradecieron con la vista el gesto y la valentía de aquella mujer que había sorteado el peligro para ir hacia donde ellos estaban con un cántaro de agua.

En ese momento María Bellido se convirtió en la heroína. Cuenta la leyenda, que mientras la Culiáncha le daba de beber al general Reding, una bala rompió el cántaro que llevaba. Ella no se asustó. No salió corriendo. Al contrario, con parsimonia de monja de clausura cogió uno de los trozos cóncavos que estaban en el suelo con agua y se la ofreció al militar.

-Ha quedado una poca. Beba de aquí mi general –comentó María Bellido.

La imaginación popular dice que aquel cántaro roto nunca dejó de manar agua y que con él María Bellido le dio de beber a cientos de soldados, pues el líquido nunca se acababa gracias a la intervención de la Virgen.

Milagros aparte, lo que sí está claro es que el agua, a estas alturas de la batalla, se había convertido en la gran obsesión de los dos ejércitos. La temperatura rondaba los cuarenta y cinco grados a pleno sol y en ese ambiente es difícil pensar en la victoria o la derrota: solo en beber agua, en mojar la cabeza en un buen barreño o en soñar en estar metido en una alberca o aljibe.

Por el escenario de la batalla corrían varios arroyuelos que discurrían por las vaguadas del lugar. Pero eso era en invierno, ya que en verano se secaban. De ahí que solo hubiera una fuente de aprovisionamiento que, por quedar situada entre los dos frentes, podía ser muy útil para aquel que la ocupara primero. Se trataba de un excelente y abundante pozo del que se sacaba agua mediante una noria y que servía para regar una huerta. Perteneecía a un tal Lázaro Medina, que era sordo. Por eso se le conocía como la noria de la Huerta del Sordo.

El cabo José García, que era de Granada y que seis años después salvaría a la Alhambra de ser dinamitada por los gabachos, la había visto. Por eso acercó al general Reding y le puso en alerta:

-Mi general, allí, en una pequeña vaguada, hay un pozo con una noria de donde nosotros podemos coger agua. Si los gabachos no se acercan a ella, tendremos el combate ganado.

Al general se le encendió la mirada:

-Joder cabo, llevas razón. Coge los hombres que hagan falta y rodead la noria.

-Le juro por mis muertos que allí no se acerca ni un franchute de mierda.

-Cuide su lenguaje, cabo. Al enemigo siempre hay que respetarlo.

-¿Aunque invadan la patria de otro, mi general?

-Son hombres que se están jugando la vida por los sueños del Maldito Enano ese de los cojones, que si fuera más grande más hijoputa sería.

Pero haga lo que tenga que hacer para que a la noria no se acerque ni un franchute de mierda.

-A la orden, mi general –dijo el soldado García con una sonrisa en su rostro antes de cuadrarse con un taconazo.

El cabo García fue herido en una pierna, pero allí no se acercó ni un “franchute de mierda”. Casi doscientas personas se pertrecharon en ella con la única misión de que los soldados franceses no tomaran agua alguna. Algunos enemigos, los más osados, no pudiendo resistir más la sed, corrían con los brazos en alto y llegaban a tirarse al pozo con un grito puesto en su boca:

-¡Morir aquí y resucitar en París!

A eso de las una de la tarde, el general Dupont permitió que sus tropas se rindieran. No podían aguantar más aquella tortura. Eran 18.000 las gargantas reseca que suplicaban un trago de agua. Cuenta Jesús de Haro Malpesa, el historiador que más tiempo ha dedicado a estudiar esta batalla, que acabado el combate, será al final en la Huerta del Sordo donde los franceses saciaran su terrible sed. Un vecino de Bailén que participó en la acción, Bartolomé Soriano, lo explicaba así: “Apenas había principiado la capitulación, cuando el general Reding les franqueó y permitió que vinieran los soldados franceses, sin armas, a por agua. En torno a la noria había pueblerinos sacando agua con cubos y calderos y los franceses la llevaba en las cantimploras trayendo cada soldado francés ocho o diez de ellas”. Honrosa estampa la del pueblo de Bailén dándoles de beber a los vencidos.

La batalla de Bailén no está considerada como de las más importantes de la historia en cuanto a su desarrollo bélico, pero sí consiguió que los españoles nos diéramos un baño de autoestima. Era la primera vez que en Europa se vencía a un ejército de Napoleón en campo abierto. Nadie sabe qué habría pasado si los franceses hubieran tenido agua.

Del agua surgió el amor

MANUEL DE PINEDO GARCÍA

DICEN QUE la Xana es una deidad de la mitología asturiana que, en un principio, habitó en las aguas de los ríos, de las fuentes y de los manantiales de aquella hermosa región de España, y dicen, también, que fue engendrada por la diosa Jana o Diana.

En un principio, sí, porque yo he visto, en más de una ocasión, por estas tierras de Granada, las más bellas del mundo, emerger de un lago, de una fuente, del mar, del Darro o del Genil, o de un simple arroyo, a esa deliciosa criatura de cabellos largos sobre su espalda desnuda, de ojos azules, de rojos pezones, de caminar pausado en la hierba, moviendo suave y acompasadamente sus brazos al viento, de pies ágiles, que parece que no se dirigen a ninguna parte, de afilada cintura, con toda la piel cubierta de diminutas gotitas de agua, sólo gotitas de agua, que nos mueven a las caricias y a los besos. Sus hombros, como rizos de las olas marinas, forman, por su pureza y blancura, los peldaños de mis sueños. En su garganta de lunas las estrellas han puesto un collar de plata.

¡Ay, Xana!

No sé quien se ha propuesto sustituir la realidad por esa leyenda, por muy atractiva que aparezca.

La Xana, esa deliciosa mujer que no tiene edad ni pasado, ha protagonizado muchos de mis sueños, como durante mi juventud fue aheshakandisha la que me desveló con amores extraños y amenazantes.

Aquella mañana me levanté temprano y fui a dar un paseo por la orilla del mar. Quería ver a mi amada. La espuma de las olas dibujaba su nombre en la arena.

– ¿Dónde estás, querida Xana? – la pregunta, como un grito de angustia, se escapó de mis labios.

El sol, aún con la palidez del amanecer, luchaba por ser el único protagonista del día.

– ¿Dónde estás, amor?

Una suave brisa me envolvió en el silencio, en ese silencio que nunca tiene respuestas.

Anduve vacilante, triste, con los ojos saltando de roca en roca, de árbol en árbol, con la mirada perdida en el agua.

No pude verla.

Otra tarde salí a caminar por las calles de Granada, buscándola entre las rejas de las ventanas, en las plazoletas ocultas, en los callejones oscuros...

*Darro de guitarras y de almenas,
de Avellano y Ganivet,
de enamorados y Manjón,
de zambras y lavanderas.
Genil de vientos y Veleta,
de Santa Cruz y Galatino,
de Lorca y de ausencias,
de nieve y de verdes vegas.*

“¿Dónde estás, Xana?”

Ausencias y verdes vegas.

Y continué recorriendo plazas y callejones, sin encontrarla.

Agua despeñada y cantarina de Granada.

Agua que me acompañas en los sueños, que me despiertas al amanecer, que me traes ecos de surtidores y murmullo de fuentes...

Hacía una semana que no veía a Xana.

Agua despeñada y cantarina de Granada, que envuelves la dulce carne de Xana, alejando el pecado, mientras prepararas su cuerpo para las caricias interminables.

Agua despeñada y cantarina de Granada, mágica sinfonía con la que bailan las estrellas, los gitanos y los nenúfares.

– ¡Agua de Granada, no dejes que se aleje mi Xana!

Estaba seguro de que no podría soportar su ausencia por mucho tiempo.

“¿Te has ido a otro mar, a otros ríos, a otros manantiales, sin importarte el daño que puedas hacerme?”

Otro día, me fui al valle, sin perder la esperanza, aunque en mi alma ya se acumulaba demasiada angustia.

El sol se acercaba a la vertical. La hierba dejó de refrescar mis piernas.

Pasado el tiempo, decidí regresar, con un amargo sabor en la garganta. Durante el camino, pensé en la mañana que la vi por primera vez; creo que nunca ha estado tan hermosa, tan dulce y tan risueña como en aquella ocasión. Le dije amor, porque aún no sabía su nombre, y ella agachó la cabeza. Luego, paseamos cogidos de la mano, y a la sombra del viejo molino la besé.

Los segadores volvían a sus hogares para hacer el descanso del calor.

Deslicé los labios hasta su garganta, mientras mis manos acariciaban sus pechos, escapándose los pezones entre mis dedos. Todo su cuerpo era un temblor de fuego. Le desabroché la blusa.

– ¿Qué haces? – preguntó sin ninguna convicción.

– ¡Amarte!

– Pero...

Le quité la falda y desgarré mi camisa. Entramos al molino. Su carne rosa, de repente, se volvió pálida de temblor y humedades.

– ¡Te quiero! – le dije.

– ¿Es así como concibes el amor?

No supe responderle.

Me vestí, y no sé si aturdido o asustado, o las dos cosas a la vez, me alejé de aquel lugar.

Ha pasado casi un año desde aquella mañana.

Después, he coincidido con ella en el bosque, en los Manantiales del Molino, en la Fuente de los Perales, incluso nos hemos bañado en el mar; nos hemos bañado durante el día y por la noche...

Luna, luna, luna.

Agua, agua, agua.

Quiero bañarme contigo, Xana,

en la soledad de la playa.

Y la playa, en muchas ocasiones, fue soledad para los dos.

Una mañana, la vi triste y le dije:

– ¿Estás molesta por algo?

– No.

– Parece que sí.

– Sin embargo, – continuó la Xana – te hice una pregunta y no me contestaste.

– Perdona. Estaba un poco nervioso.

– Lo comprendo.

– ¿Puedo responderte ahora?

– No. Ya no es necesario.

Nadamos durante un buen rato. Ella se movía con gracia y agilidad; a mí me costaba trabajo seguirla.

– Te espero en la isla – comentó, mientras se alejaba velozmente y sin dejar de sonreír.

Yo ya estaba cansado, pero hice el último esfuerzo para alcanzar la orilla de aquella isla que, solitaria y majestuosa, surgía en el mar. Al llegar, comprobé que Xana estaba completamente desnuda. Para corresponder a su estado me quité inmediatamente el bañador.

*La luna bajó al agua
con su guitarra de plata,
y las olas le devolvieron
dulces fandangos de nácar.*

A las sensaciones de la primera mañana, a la delicada aventura del molino, se unía ahora una nueva y maravillosa vivencia.

Después, abandonamos la isla y nadamos hasta la orilla, alternando brazadas y besos. Más tarde, tumbados en la arena de la playa, mientras se bronceaban los cuerpos y los hilos de las algas se enroscaban en sus piernas, me preguntó:

– ¿Quién eres?, ¿cómo te llamas?

– Realmente... no sé quién soy. Nadie lo sabe ciertamente. Respecto a mi nombre...

Como demoraba la respuesta, ella insistió:

– ¿Por qué no me contestas?

– ¿Mi nombre?

– Sí.

Dejé que transcurrieran unos segundos, casi un minuto. Xana empezó a ponerse nerviosa y una sombra de tristeza oscureció su rostro.

– ¡Amor mío! – exclamé, al tiempo que pretendía ser jinete sobre su desnudez.

Ella, como herida por una flecha, rodó en la arena. Intenté seguirla.

– ¡Por favor, no te vayas! – le supliqué.

Una nube ocultó la luz del sol y cuando volvió la claridad pude comprobar con gran tristeza que ya había desaparecido.

– ¡Xana! – grité.

Sólo el murmullo de las olas.

– ¡Xana!

Sólo una película de sudor pegajoso envolviéndome el cuerpo en un suspiro estremecido.

Mi alma vivió días de desesperación: en el horizonte de mis ojos únicamente existían desgarrados jirones negros.

Fui al molino, que ahora me parecía un cadalso, un catafalco, un lúgubre monumento; recorrí de un extremo a otro el bosque de la Alhambra; suspiré donde se abrazan el Darro y el Genil; la llamé junto a la Fuente de los Perales, y se me escaparon las lágrimas en la orilla del mar.

– ¡Xana, soy Ator! ¿No querías saber mi nombre?

Una cabalgata de silencios heridos.

Ni los silbidos del viento acompañaron mi soledad.

“¿Por qué no se lo dije antes, cuando ella me lo preguntó?”

Me sentía desconcertado.

– ¡Xana, mi amor! ¿Dónde estás?

Sólo me respondían los sonidos del agua.

*Aguas de Alicún de las Torres y de Alhama de Granada,
de Lanjarón, Zújar y Fuente Agrilla.*

Aguas de salud y de templanza.

*Aguas de Sierra Elvira y de Dúrcal,
de El Bejarín y Graena.*

Aguas de placeres y de sueños.

Aguas de sierra y de vega.

Los días transcurrieron en una infructuosa búsqueda, hasta que un atardecer, en la Colina Alta, la que separa el Caserío Viejo del valle, la encontré jugando con un pájaro.

Si los ojos de Xana eran bellos, los del pájaro eran mucho más hermosos; si la boca de Xana era delicada y sugerente, el pico del pájaro lo era

mucho más; si los brazos de Xana eran ondulaciones de danza, las alas del pájaro eran cascadas de mariposa y agua.

Xana sonrió y el pájaro saltó desde sus hombros a su garganta. Luego vi cómo se besaban.

“¡Dios del Cielo, mi Xana se ha enamorado de un pájaro!”

Siguieron con su dulce y silencioso diálogo de labios y de pico.

Todo el atardecer quedó para ellos, y yo me sepulté en la oscura noche, de la que aún hoy, varios años después, no he logrado salir.

Sólo me queda el recuerdo del primer beso junto al molino, del agua que envolvía nuestros desnudos cuerpos mientras nadábamos hacia la isla, de la arena caliente en la playa, de sus ojos azules, de su cintura afilada, de sus pezones rojos, de su garganta de lunas y de sus hombros que, como rizos de las olas marinas, formaban, por su pureza y blancura, los peldaños de mis sueños.

¿Sueños?

Quizá todo haya sido un sueño; tal vez yo no sea Ator, ni siquiera exista. Xana es la única verdad, y la luna, y el agua.

Luna, luna, luna.

Agua, agua, agua.

*Quiero bañarme contigo, Xana,
en la soledad de la playa.*

